

“Ver nuevas todas las cosas en Cristo”

Antonio Pérez Esclarín¹

31 de Julio 2021



Resulta muy significativo que la celebración de los 500 años del inicio de la conversión de Ignacio tenga como meta “Ver nuevas todas las cosas en Cristo”, lo que nos va a exigir ver “todo”, y aquí yo quiero referirme principalmente a ver nuestra educación con los ojos de Cristo, para detectar logros, incoherencias, supuestos y prácticas habituales que tal vez deberíamos transformar si en verdad queremos seguir con radicalidad, como lo hiciera Ignacio, los pasos de Cristo, en su esfuerzo por construir aquí el proyecto del Padre, el Reino, una sociedad libre, justa y fraternal.

Evidentemente, la celebración de la conversión de Ignacio sólo tiene sentido si promueve la nuestra; conversión, no tanto verbal o mental, que solemos aceptar sin problemas, sino práctica. Los que nos hemos acostumbrado a proclamar, desde hace años, la necesidad de un mundo nuevo, tenemos el peligro de confundir deseos con hechos, de repetir lo que debemos hacer, de reafirmar nuestra disposición a trabajar por una educación que promueva personas competentes, conscientes, comprometidas,

¹ www.antoniopezresclarin.com pesclarin@gmail.com @pesclarin

coherentes, creativas y compasivas, pero el peso de nuestras tradiciones, la satisfacción y valoración de lo que venimos haciendo, la resistencia natural a abandonar prácticas y modos de proceder en los que nos sentimos cómodos e incluso cosechamos éxitos que nos envanecen, pueden obstaculizar la verdadera conversión, pues en el fondo pensamos que ya estamos convertidos o que son otros los que deben hacerlo.

El llamado a la conversión va unido al llamado a la misión. Convertirnos a entender de otro modo nuestra labor de educadores, para asumirla como un compromiso por combatir los antivalores de este mundo y promover el Reino, como lo entendía y anunciaba Jesús: una sociedad de justicia y fraternidad, abierta a todos, donde los últimos son los primeros. Necesitamos, en consecuencia, hacer nuestra la pasión, los valores, la forma de vida de Jesús. Trabajar para que la sociedad actual cambie de rumbo y promueva la justicia, la inclusión y la solidaridad. Para ello, necesitamos ser educadores testigos, de fuerte espiritualidad encarnada, de fidelidad rebelde, capaces de gritar el evangelio con nuestras vidas y contagiarlo para que los estudiantes se sientan impulsados a una conversión radical de valores y de vida, que les lleve a la plenitud y a la felicidad, como las entendía el Maestro de Vida, Jesús. El testigo comunica su propia experiencia, lo que vive. Irradia y contagia vida, no doctrina. Los alumnos ven en él una persona llena de pasión y de entusiasmo.



La palabra griega para conversión es "*metanoia*", que significa cambio de mentalidad. Para cambiar la vida hay que comenzar por cambiar la manera de pensar. Un "educador ignaciano" se esfuerza por pensar, desde el propio contexto, la educación, las normas, los reglamentos, los programas, la pedagogía, la evaluación... como lo haría Jesús, para discernir si en verdad promueven la indignación ante la injusticia y el compromiso por erradicarla, o más bien contribuyen a mantener la mentalidad y las estructuras que causan la discriminación y la opresión. Por ello, trata de hacer vida la oración tan repetida en los Ejercicios Espirituales de "pedir la gracia para que todas mis intenciones, acciones y operaciones se ordenen al servicio y alabanza de vuestra divina Majestad". Se trata de poner a disposición del Señor todo lo que somos y hacemos, es decir, poner nuestra vida al servicio del Reino, buscar en todo la "Mayor Gloria de Dios", sabiendo que la gloria de Dios es que el pobre y el descartado vivan. Incluso el "a vos lo torno" de la muy ignaciana oración "Tomad y recibid", en la que uno devuelve todos los dones recibidos, sólo tiene sentido si los pone al servicio del proyecto del Padre.



Jesús pone de cabeza los criterios y valores de este mundo. Para nuestro mundo, es primero el que más tiene: talento, títulos, riqueza, éxito, poder, fama, seguidores en las redes... Para Jesús, es primero el que más sirve con lo que tiene, en especial si lo pone al servicio de los más necesitados, de los perdedores de siempre, de los que la sociedad desecha y no toma en cuenta. Los que no interesaban a nadie (niños, mujeres, pecadores,

enfermos, leprosos, prostitutas...), fueron siempre los que más interesaban a Jesús que los acogió con especial cariño y consideró que eran los primeros en el Reino. De ahí que el Magis ignaciano, la búsqueda de la excelencia, la formación permanente, sólo tienen sentido si es para poner los talentos al servicio de los demás. La excelencia académica sin excelencia humana no es ignaciana. La formación continua debe traducirse en mayor disposición a servir. Si de los nuevos títulos y cursos no salimos más sencillos, más humildes, más dispuestos a ayudar al necesitado, no estamos entendiendo el Magis ni la formación en sentido ignaciano.

Si la conversión tiene como horizonte "Ver nuevas todas las cosas en Cristo", debemos esforzarnos por ver con ojos nuevos, con los ojos de Cristo, no sólo la realidad política, social y cultural, sino nuestra propia realidad educativa.

Cambiar la mirada para cambiar el mundo



Cada día estoy más convencido de que si cambiáramos la mirada, cambiaría el mundo. Una mirada es algo muy sencillo, pero puede comunicar aceptación, compañía, comprensión. Puede llenar de fuerza al abatido, eliminar el odio más oculto, ser la chispa que encienda una nueva vida, cambiar el corazón más endurecido. Una mirada de amor

cura las heridas más profundas, pone alas a la esperanza, da confianza al tímido, confiere valor al derrotado. Todo el que es amado, contagia amor. Todo el que es mirado con misericordia, mirará misericordiosamente.

No podemos olvidar que respeto viene del latín, *respicere*, que significa precisamente mirar. Existimos en cuanto somos mirados. Negar la mirada es negar la existencia. Por ello, los distanciamientos comienzan a expresarse con la ausencia de mirada: "Ya ni me mira", solemos decir, y con frecuencia invisibilizamos a los diferentes, los migrantes, los pobres, los necesitados....

Además de la capacidad de expresarnos verbalmente, los seres humanos tenemos otros medios de comunicarnos, incluso más profundos, en especial con la mirada: "Si no sabes interpretar una mirada, de nada servirá una larga explicación".

Hay miradas indiferentes y miradas que ofenden, irrespetan, desprecian, humillan. Hay también miradas concupiscentes, sucias: "Me miró feo", solemos decir cuando uno se siente un mero objeto de deseo. Pero hay también miradas de ternura, alentadoras, que embellecen porque los ojos acarician mejor que las manos. Las mamás pueden pasar horas y horas acariciando con su mirada a su hijito y cuanto más lo miran, más bello lo ven.

Hay un viejo refrán que dice: "Ojos que no ven, corazón que no siente", pero el refrán es mucho más verdadero al revés. Si el corazón no siente, los ojos no ven: "Es el corazón el que enseña a los ojos a mirar". Eso es lo que nos dice Lucas con la parábola del Buen Samaritano: El sacerdote y el doctor vieron al herido del camino, lo vieron con los ojos de la cara, pero no lo vieron con el corazón, por ello dieron un rodeo para no toparse con él. En cambio, el samaritano, un publicano, una persona despreciada por los judíos fieles cumplidores de las normas y principios de la religión, lo vio con el corazón y por ello, acudió en su ayuda. Resulta bien significativo que en esta parábola en la que Jesús cuenta la historia del buen samaritano, después de reconocer lo muy acertado de la respuesta del experto en la ley que afirma que el samaritano es el que actuó debidamente, con entrañas misericordiosas, le dice "Haz tú lo mismo". De nada sirve un conocimiento que no lleva a la acción. Posiblemente tal vez nosotros sabemos muy bien

que hay que educar a todos, que debemos apoyar con fuerza el nuevo Pacto Educativo Global propuesto por el papa Francisco, que nuestra educación debe incluir a los más débiles, que el reto es proporcionar a todos una profunda sensibilidad social y el compromiso de trabajar por una nueva humanidad, pero ¿lo hacemos, o nos contentamos con nuestra experticia teórica?



Rubén Alves llega a plantear que la primera tarea de la educación es enseñar a ver en profundidad. Para ello, hay que aprender a mirar, pues vemos, pero no miramos, no sabemos mirar, no somos capaces de detener la mirada y abrirnos al misterio de la existencia y de la vida. Ver es fácil. Es un fenómeno biológico. Mirar en cambio, requiere atención y tiempo. Atrapados en las prisas y la superficialidad, transitamos por la vida como si viajáramos en un autobús sin ventanas, ajenos a lo que sucede a nuestro alrededor. En cierto sentido, como piensa Saramago, todos estamos ciegos. Somos ciegos que podemos ver, pero que no sabemos mirar.² Esta misma idea la había ya expresado Platón en su *República* cuando dice que el arte de educar no consiste en infundir al alumno la facultad de ver porque ya la posee, sino en saber dirigir la mirada. En cierto sentido, y como plantea Benjamín González Buelta, “todos somos ciegos de nacimiento, totales o

² El tema de la ceguera es recurrente en la obra del novelista portugués José Saramago. Pueden verse, en especial, sus novelas *Ensayo sobre la ceguera* y *Ensayo sobre la lucidez*.

parciales, porque hemos crecido en sistemas educativos, sociales y religiosos que nos han enseñado una mirada aviesa y limitada”³.

Mirar nos va a permitir ver más allá de las apariencias, de lo obvio y de las máscaras con que muchos se ocultan y tratan de tapar la realidad. Todos necesitamos aprender a mirar para no confundir las imágenes interesadas que nos ofrecen los que quieren robarnos la visión; para ser capaces de admirar las vidas que dan vida, para descubrir bondades ignoradas de tantas personas sencillas y superar la ceguera programada que pretende que sólo tengamos ojos para los idolillos del mundo del deporte, los espectáculos, la riqueza y la moda con que tratan de domesticarnos y doblegar nuestros corazones.

Y es que, como dice Saint Exupery en *El Principito*: “Lo esencial es invisible a los ojos, sólo se ve bien con el corazón”. Sólo si miramos con los ojos del corazón seremos capaces de descubrir la verdadera belleza. Detrás de muchos rostros estirados por la cirugía y muy maquillados, se esconden almas llenas de arrugas, y debajo de los surcos y heridas de muchos cuerpos golpeados por el sufrimiento y el trabajo, brillan espíritus hermosísimos.

Los educadores ignacianos debemos esforzarnos en mirar a los alumnos, a los compañeros, a las personas, a la educación y al mundo con la mirada misericordiosa de Dios. Si el mirar de Dios es amar, como decía san Juan de la Cruz, debemos aprender a mirar como Dios, para trabajar por convertir nuestro mundo inhumano en el Reino del amor y la justicia por el que trabajó y murió Jesús. Es importante mirar a Jesús, pero es mucho más importante dejarse mirar por él, encontrarnos con su mirada. Al encontrarnos con su mirada, ésta nos hará contemplar nuestra vida y quitar todo aquello que nos impide mirar a los demás con cariño y compasión. Podemos pedir con San Juan de la Cruz “Véante mis ojos, pues eres lumbre dellos. Véante mis ojos y sólo para ti quiero tenellos” (*Poesías del Cántico*).

³ Benjamín González Buelta, *Ver o perecer. Mística de ojos abiertos*. Sal Terrae, Santander, 2006, pág. 194.

La mirada de Dios lo viste todo de ternura, que rehabilita, porque el amor dignifica. Es una mirada creadora que despierta los mejores estímulos. Si uno siente sobre él la mirada amorosa de Dios ya no se sentirá nunca indigno y sin valor. Volverá a tener confianza en sí mismo y en los demás.

Para aprender a mirar y enseñar a mirar con los ojos de Jesús y ser capaces de ver nuevas todas las cosas en Cristo, necesitamos recuperar una mirada contemplativa, una mirada fraternal, una mira compasiva e inclusiva y una mirada crítica y propositiva.

1. Mirada contemplativa



Cuentan que cuando Ignacio de Loyola, ya anciano, paseaba por el jardín, les daba a las rosas unos golpecitos con su bastón y les decía: "Callen, callen, que yo sé muy bien de lo que me están hablando", pues podía escuchar las voces de las flores que le hablaban de la belleza y la bondad de Dios. Por ello, el objetivo último de los Ejercicios Espirituales, el camino ignaciano para buscar en toda la voluntad de Dios y encontrar el verdadero sentido de la vida, es llegar a ser contemplativos en la acción. Según Ignacio, todo vocea

y canta la presencia de Dios. En cada sonido está el eco de su voz, en cada color un destello de su mirada. Todo es revelación, todo expresa la ternura de Dios, pero para descubrirlo, necesitamos una mirada contemplativa. La mirada contemplativa nos permitirá descubrirlo jugando con los hijos, y si levantamos la mirada, podremos verlo caminar con la nube, descender mansamente con la lluvia, y desplegar su fuerza en el sol, el mar y la montaña. Lo podremos contemplar sonriendo en las flores y agitando con la brisa las hojas de los árboles. Lo podremos escuchar en la canción del agua, en la súplica del mendigo, en la fatiga del obrero, en el dolor del enfermo, en los rostros y manos de los que trabajan por un mundo mejor.

Los místicos son capaces de pasar horas y horas sobrecogidos de admiración y agradecimiento contemplando cualquier detalle del universo, o escuchando las voces de las piedras, del viento, de la lluvia. Para ellos, el cosmos es fuente de revelación de Dios porque es Dios quien llama a las cosas del no-ser para que sean. Algo semejante pensaba Anthony de Mello que escribió en su obra "Oración de la Rana":

"Escucha, oye el canto del pájaro, el viento entre los árboles, el estruendo del océano; mira un árbol, una hoja que cae o una flor, como si fuera la primera vez. Puede que, de pronto, entres en contacto con la Realidad, con ese Paraíso del que nos ha arrojado nuestro saber por haber caído desde la infancia"⁴.

Francisco de Asís fue capaz de sentir tan profundamente la presencia de Dios en todo lo creado que se hizo hermano del sol, del agua, del viento... y solía orar esta bellísima oración, "El cántico de las criaturas", cuyo primer verso tomó Su Santidad, el papa Francisco, para titular su Encíclica sobre el cuidado y el amor a la naturaleza:

*Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el hermano Sol,
el cual hace el día y nos da la luz.
Y es bello y radiante con grande esplendor;
de ti, Dios nuestro, lleva significación.
Alabado seas, mi señor, por el hermano Viento*

⁴ Anthony de Mello, *Oración de la rana*. Sal Terrae, Santander, 1988.

*y por el aire, nublado, sereno, y en todo tiempo,
por el cual a tus criaturas les das sustentamiento.
Alabado seas, mi Señor, por la hermana Agua,
la cual es muy útil, humilde, preciosa y casta.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano Fuego,
con el cual alumbras la noche,
y es bello, jocundo, robusto y fuerte.
Alabado seas, mi Señor, por nuestra madre Tierra,
la cual nos sustenta, gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.*

Necesitamos, en consecuencia, recuperar una mirada contemplativa, extasiada, para ver el misterio que se oculta en todo. Necesitamos, para ello, místicos, pero también artistas y poetas que nos ayuden a descubrir la belleza y abrirnos a la sorpresa de la existencia y de la vida, pues todos somos un misterio entre misterios, en un mundo inexplicable de prodigios.

Necesitamos sentir el amor del árbol que nos regala su sombra, sus flores y sus frutos; el amor de la brisa que nos acaricia el rostro; el amor del sol que nos brinda su luz y su calor y hace posible la vida, nuestra vida; el amor del agua que se nos ofrece humilde para calmar la sed, aliviar la fatiga y renovar la vida; el amor de las estrellas que cada noche nos regalan sus guiños de sonrisas.... Respondamos a tanto amor con amor, y amemos también al árbol, al sol, a la brisa, al agua, a las estrellas...

Por todo esto, junto a la tan necesaria formación ética, creo que hay que incluir también la formación estética, la educación del gusto, de la sensibilidad ante la belleza. Apreciar lo bello, respetarlo y cuidarlo son rasgos de personas educadas, que cada día escasean más. De no hacerlo, seguiremos hundiéndonos en la trivialidad y la apariencia, y nos deshumanizaremos cada vez más. Es urgente, en consecuencia, que la educación saque a los alumnos de los márgenes estrechos del aula, los ponga frente a los milagros de la naturaleza y les enseñe a mirar, admirar y contemplar.



Hoy, esclavizados al televisor y los aparatos electrónicos, nos estamos volviendo incapaces de contemplar la belleza del universo y el milagro que es todo. Como dice un proverbio oriental, "si miras un árbol y sólo ves un árbol, no sabes observar. Si miras un árbol y ves un misterio increíble eres buen observador".

Diego no conocía el mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirlo.

Viajaron al sur.

El mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando.

Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, el mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad del mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura.

Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre: -¡Ayúdame a mirar!⁵

La mirada contemplativa debe ser hoy día una mirada ecológica, que respeta y protege la vida y la naturaleza tan maltratada por nuestra civilización de la destrucción y la avaricia. Los alumnos deben comprender que la naturaleza no nos pertenece, sino que somos parte de ella, que respiramos el mismo aire que los árboles y los animales, bebemos la misma agua y que si destruimos la naturaleza nos estamos destruyendo nosotros.

⁵ Eduardo Galeano. *El libro de los abrazos*. Siglo XXI Editores, México, 1994.

La mirada ecológica o “ecomirada”, debe ir mucho más allá de una educación ambiental con enfoque global, para avanzar, como ya lo propugnó la *Carta de la Tierra*, que surgió de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro (1992), hacia unos valores básicos compartidos a nivel global en torno a un mundo de justicia social, de no violencia y de integridad ecológica. Es decir, de “respeto y cuidado de la comunidad de la vida en sentido amplio”, lo que va a suponer un cambio profundo en las estructuras económicas sociales y culturales, pues el actual modelo de desarrollo no es sustentable.

Para hacer esto posible, debemos convencernos de estas cuatro cosas: i) Que nuestra *madre tierra* es un organismo vivo y en evolución como una única comunidad de vida. ii) Que lo que hagamos a la *tierra* repercutirá en nosotros, pues somos parte de ella. iii) Que la sustentabilidad económica y la preservación del medio ambiente dependen también de una conciencia ecológica. iv) Que la relación con la *tierra* se basa en una triple relación de armonía: con nosotros mismos, con los demás y con el planeta y el universo.

2. Mirada fraternal

Un viejo rabino preguntó a sus discípulos si sabían cómo se conoce el momento en que termina la noche y comienza el día.

- ¿Cuándo ya podemos distinguir a lo lejos entre un perro y una oveja? –le preguntó uno de ellos.

El rabino negó con su cabeza.

-¿Será cuando ya se distingue en el horizonte una ceiba de un samán? –se aventuró otro de los discípulos.

-¡Tampoco! –respondió con convicción el rabino.

Los discípulos se miraron desconcertados:

-Entonces, ¿cómo podemos saber el preciso momento en que termina la noche y comienza el día? –preguntaron ansiosos.

El viejo rabino los miró con sus ojos mansos de sabio y les dijo:

-Cuando tú miras el rostro de cualquiera y puedes ver en él la cara de tu hermano o de tu hermana. En ese momento comienza a amanecer en tu corazón. Si no eres capaz de eso, sigues en la noche⁶.



En un mundo diverso, plural y profundamente inhumano, necesitamos con urgencia aprender a mirarnos para ser capaces de vernos como conciudadanos y hermanos y no como rivales, amenazas o enemigos. El conciudadano es un compañero con el que se construye un horizonte común, un país, un nuevo mundo, en el que convivimos en paz a pesar de las diferencias. El ciudadano genuino entiende que la verdadera democracia es un poema de la diversidad y no sólo tolera, sino que celebra que seamos diferentes. Diferentes pero iguales. Precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos el derecho de ser y pensar de un modo diferente dentro, por supuesto, de las normas de la convivencia que regulan los derechos humanos y los marcos constitucionales. De ahí que la educación no puede provocar la sumisión, sino la autonomía, y promover la ciudadanía global.

Hoy se habla mucho de la necesidad de ser tolerantes. Pero yo pienso con Gandhi que hay que superar la mera tolerancia para empezar a considerar la diversidad como

⁶ Ver Antonio Pérez Esclarín, *Parábolas para vivir en plenitud*, San Pablo, Caracas, 2003.

riqueza. Es maravilloso que haya razas, costumbres, culturas, religiones, formas de pensar diferentes. El tesoro de la humanidad está precisamente en su diversidad creadora. Somos diferentes, pero todos pertenecemos a la "ciudadanía planetaria" (Morin); somos hijos de un mismo Dios, Padre y Madre de todos por igual, que nos ama a cada uno en nuestra especificidad y singularidad; y debemos considerar la Tierra como la Patria común de todos, que debemos cuidar, respetar y trabajar para que sus frutos alcancen a todos. La idea de unidad de la especie humana no debe borrar la de su diversidad. Si todos somos iguales, tenemos derecho a ser diferentes y a ser respetados en nuestra diversidad. De ahí la importancia de aprender a vivir juntos los que somos diferentes, a reconocernos en la humanidad común y valorar como riqueza la diversidad cultural, de raza, de género, de dones, de talentos, de ideas, de pensamientos. Es maravilloso que seamos diversos, que tengamos costumbres, religiones y dones diferentes. El mundo y la vida serían muy fastidiosos si todos pensáramos y actuáramos del mismo modo. Se trata de que todos los habitantes del mundo nos reconozcamos lo suficientemente semejantes para poder hablarnos, y lo suficientemente distintos para tener algo que decirnos.



En consecuencia, los educadores ignacianos debemos combatir decididamente todo tipo de discriminación y las variadas formas de dogmatismo, fundamentalismo e intolerancia de quienes pretenden imponer una única forma de pensar, de creer, de vivir. La diversidad y el respeto a las minorías son tan importantes como el gobierno de las mayorías. El fanatismo es odio a la inteligencia, miedo a la razón. Asumir la diversidad como riqueza es una gran oportunidad de enriquecimiento personal y colectivo, camino a la justicia y a la paz.

El fenómeno creciente e indetenible de las migraciones nos debe impulsar a trabajar por una verdadera interculturalidad que supone la valoración positiva de la diversidad. En nuestras sociedades las diferencias tienden a convertirse en enfrentamientos debido a la inseguridad y los miedos que genera cualquier forma de diversidad. Sin embargo, la diferencia bien entendida es un valor que nos enriquece. En nuestro mundo global, y en nuestra sociedad cada vez más móvil, donde unos 200 millones de personas migran y se desplazan de un lugar a otro buscando condiciones de vida digna, se empieza a hablar de que no sólo hay que respetar sus derechos como personas, sino también sus derechos culturales.

La mirada fraternal debe ser también una mirada amorosa que, respeta, acerca, genera confianza. Mirada capaz de “ponerse en los zapatos del otro”, para comprender más que juzgar. Mirada que posibilita el renacer del otro. Mirada que acompaña, que hace reír, que ayuda a contemplar el mundo y las personas con ojos nuevos. Mirada que habla de reconciliación, de cariño, de esperanza. Mirada, en consecuencia, creadora, capaz de ver al hermano en el rival o diferente, el mundo posible en el actual desconcierto y división, el amanecer en lo más profundo de la noche.

3. Mirada compasiva e inclusiva

Ya dijimos más arriba que sólo se ve bien con el corazón. Es el corazón el que enseña a los ojos a mirar. Muchos viendo no ven, pues no es lo mismo ver que comprender lo que se ve. Ven la realidad de hambre, violencia, miseria, la desorientación o soledad de los alumnos, el sinsentido de una educación alejada de sus problemas y de su vida, la superficialidad de tantas propuestas culturales, pero no les conmueven, o les conmueven

sólo racional o emotivamente pero no se mueven a cambiarlas o remediarlas porque su corazón no se compadece, no sienten como suyo el dolor del otro, no padece-con. Como comenzamos diciendo, el mero conocimiento de la injusticia o incluso su denuncia, no se traduce en acciones comprometidas a erradicarla. La mera lástima no mueve a una acción comprometida. Tenemos el gravísimo peligro de quedarnos en denunciar las injusticias y seguir con acciones y propuestas educativas que contribuyen a mantenerlas.



Para enseñar la compasión eficaz que ataca las raíces de la miseria y la exclusión, necesitamos una pedagogía de ojos abiertos, una mirada compasiva que se traducirá en cercanía amistosa, ayuda y servicio eficaz. Mirada con los ojos del corazón que se acerca con cariño a su dolor, su desorientación y sus heridas e intenta sanarlas. Mirada que trata de comprender, más que de condenar. En los ojos de los educadores, todos los alumnos deben sentirse acogidos y queridos. La mirada cariñosa y compasiva es capaz de dirigirse al corazón de las personas, valorar su absoluta dignidad, y descubrir talentos y posibilidades donde los demás sólo ven carencias y problemas. Por ello, los educadores ignacianos debemos ser militantes de la educación inclusiva, educación de calidad para

todos y todas, lo que supone defensa decidida del Pacto Educativo Global que viene proponiendo el Papa Francisco.

Esto exige defender la educación pública, de calidad, como derecho fundamental y combatir la mentalidad que quiere hacer de ella una mercancía. La educación moldea vidas. La cantidad y calidad de la educación que una persona recibe influyen en su productividad, sus ingresos y su bienestar. La educación es la suprema contribución al futuro de la humanidad puesto que tiene que contribuir a prevenir la violencia, la intolerancia, la pobreza, y la ignorancia. Una población bien educada es crucial si queremos tener democracias prósperas y sociedades fuertes. La educación es el pasaporte a un mañana mejor. En la actual sociedad del conocimiento, la carrera económica, cultural y geopolítica pasa a ser una carrera entre sistemas educativos. La fortaleza de un país radica en el grado de educación de sus ciudadanos. En consecuencia, a todos nos conviene tener más y mejor educación y que todos los demás la tengan. La carencia de este bien lleva a las sociedades al fracaso.

La educación es un derecho humano y social del que todos deben disfrutar en igualdad de condiciones, pues el cumplimiento de este derecho va a posibilitar el disfrute de los otros derechos esenciales. En consecuencia, el derecho a la educación implica derecho de todos no a cualquier educación, sino a una educación integral de calidad. Una pobre educación para los pobres reproduce la pobreza, y en vez de contribuir a democratizar la sociedad, agudiza las diferencias y agiganta las desigualdades.

De ahí la necesidad de combatir la mentalidad y las estructuras excluyentes. En general, la exclusión escolar reproduce la exclusión social. Las escuelas son fábricas de exclusión. Son precisamente los alumnos que más necesitan de la escuela los que no ingresan en ella, o los que la abandonan antes de tiempo, sin haber adquirido las competencias mínimas esenciales para un desarrollo autónomo. Las escuelas de los pobres suelen ser unas pobres escuelas que contribuyen a reproducir la pobreza. Si a todos nos parecería inconcebible que los hospitales y clínicas enviaran a sus casas a los enfermos más graves o que requieren atención y cuidados especiales, todos aceptamos sin problemas que los centros educativos expulsen a -o permitan que se vayan- los

alumnos más necesitados y problemáticos y se queden sólo con los mejores. Si en verdad apostamos por una educación inclusiva, debemos practicar la discriminación positiva, es decir, atender con más cariño y dedicación a los alumnos más necesitados, más difíciles, más conflictivos, pues como decía Jesús, son los enfermos los que necesitan de médico.

La educación verdaderamente inclusiva exige no sólo incluir a todos sin dejar a nadie fuera, sino también trabajar por una escuela que evite el fracaso de los más débiles, una escuela que los prepare para desenvolverse eficazmente en el mundo del trabajo y de la vida, de modo que la sociedad no los excluya luego, y con una sólida formación ética de modo que ellos a su vez no se conviertan en excluidores, combatan las políticas excluyentes y trabajen por la inclusión de los más débiles y vulnerables.

4. Mirada crítica y propositiva

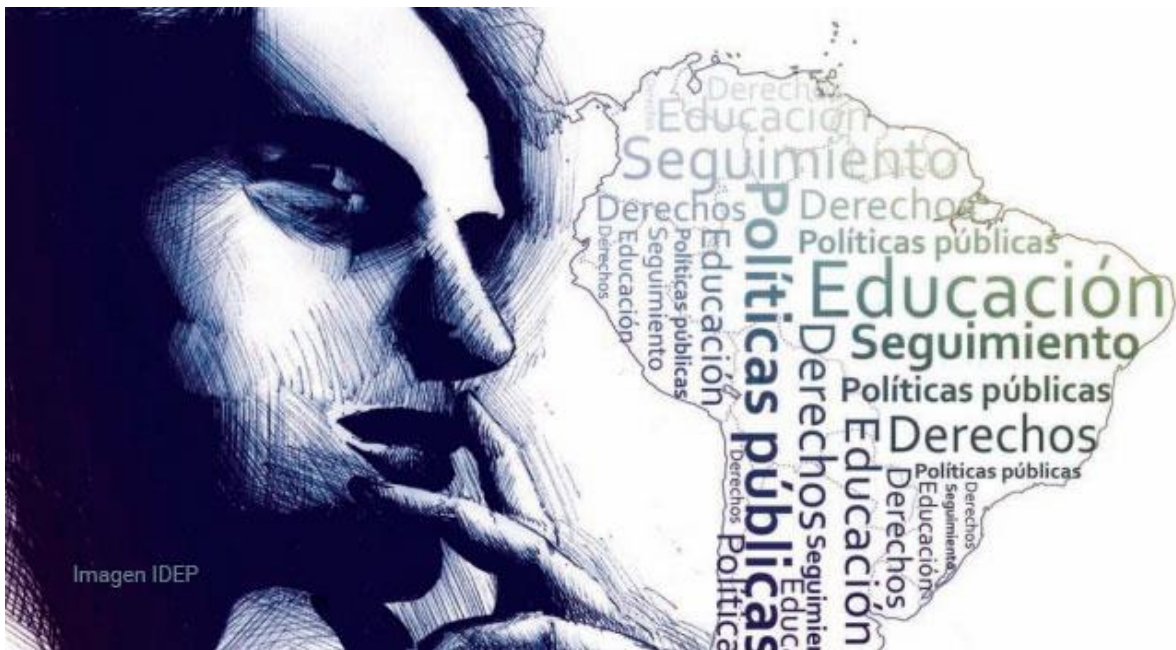


Pero esta mirada inclusiva y cariñosa, debe ser también una mirada crítica, autocrítica y propositiva. Mirada capaz de hacerse preguntas y cuestionar creencias y modos de opinar y de actuar para ver si las acciones contribuyen o más bien impiden el establecimiento del Reino que Jesús buscó con tanto empeño. Mirada indignada ante la realidad de un mundo en el que impera la injusticia, la intolerancia, la opresión y la

violencia, mundo radicalmente opuesto al proyecto de Jesús. Mirada, en consecuencia, que impulsa al compromiso y a la acción para transformarlo.

Esto va a suponer, entre otras cosas, ofrecer otros modos de mirar el mundo y su injusticia estructural, otros modos de ver al pobre, al emigrante, otros modos de mirar lo femenino y lo masculino, otros modos de mirar la educación, la infancia y la juventud, otros modos de mirar la pedagogía, el currículo tanto el explícito como el oculto, las evaluaciones, los reglamentos, las normas, la estructura organizativa, la relación con los padres y la comunidad, las celebraciones, los mecanismos de exclusión, para ver si en verdad responden a los planteamientos de nuestra misión y a nuestras propuestas de acompañar a Jesús en su búsqueda de un mundo fraternal, según el proyecto del Padre.

Es también una mirada autocrítica capaz de analizar permanentemente la propia conducta y la de los compañeros y el currículo oculto para ver si son coherentes con los objetivos y fines que se proponen en los idearios y proyectos educativos, y analizar si las propuestas de innovación, más que modernizar la educación, están ayudando a convertir los centros en microcosmos de la nueva sociedad o, en palabras de Jesús, en semillas del Reino.



El modo de ejercer el liderazgo de servicio y de asumir la autoridad y el poder para motivar y entusiasmar; la opción por una pedagogía reflexiva, crítica, creativa, y dialógica; el respeto a la diversidad y las diferencias; la responsabilidad y compromiso con que cada uno asume sus tareas y obligaciones; la defensa de los derechos de todos, en especial de los más débiles; la prohibición de toda palabra, conducta o actitud ofensiva, discriminatoria o intolerante; la solidaridad que se practica en todos los recintos y tiempos escolares y que se abre a la sociedad y el mundo; la manera como se enfrentan los conflictos y se busca solución a los problemas mediante el diálogo y la negociación; el modo en que se fomenta la organización y participación de toda la comunidad educativa; la articulación creciente con las familias y con organizaciones que buscan construir un mundo mejor...; deben en cierta forma, expresar y anunciar el modo de vida y de organización de la sociedad que queremos, de la sociedad que pretendía Jesús. Sociedad que privilegie a los más débiles y necesitados, que respete las diferencias individuales, de género, culturales, raciales, políticas, sociales y religiosas, sin convertirlas en desigualdades; que posibilite y promueva la participación en la toma de decisiones y en la vida cívica y política cotidiana.

Esto va a suponer, entre otras cosas, como lo postulaba Paulo Freire, asumir una pedagogía crítica, reflexiva, creativa y dialógica, capaz de contribuir a la humanización de nuestro mundo inhumano y excluyente. La educación debe capacitar a los educandos a pensar por sí mismos y expresar su palabra de forma personal, creativa, y solidaria, pues sólo así alcanzarán posibilidades ciertas de reflexión y análisis del mundo en que viven y se sentirán comprometidos a transformarlo. Para decirlo con las palabras de ese gran pedagogo brasileño: "la educación no transformará el mundo, pero cambiará a las personas que transformarán el mundo". En consecuencia, los alumnos deben percibir en los ojos de sus maestros y profesores una mirada dura contra la explotación, la injusticia, la crueldad, la insensibilidad y la violencia; y una mirada tierna y comprometida con los que sufren cualquier tipo de discriminación o de exclusión y con los que se comprometen a erradicarlas.